

drones, desbordándose en el llano, sembraban la confusion y el terror en lo último de nuestras columnas de ataque. Toda la brigada del general Drouin, cortada y acuchillada, se dispersaba. Clairfayt, desde lo más elevado de su posición, de donde dominaba nuestros ataques, ve el inmenso reflujo que la brigada de Drouin efectúa en el llano, y envía allá en masa toda su caballería. Este choque, terrible para batallones bisoños, los corta, disemina y hace retroceder en grupos despar- ramados hasta su primera línea.

Iba á sufrir quizá la misma suerte el centro, arrastrado cada vez más por aquel torrente de desórden y confusion, cuando el duque de Chartres, que combatía en vanguardia, se vuelve y ve á la izquierda aquella derrota de sus batallones. Al momento, volviendo la cabeza de su caballo, herido ya en las ancas por un casco de granada, corre con el sable en la mano, seguido de su hermano el duque de Montpensier, de la más jóven de las hermanas Fernig y un grupo de sus ayudantes de campo, á través de los húsares enemigos. Atraviesa el llano abriéndose paso á pistoletazos, llega á lo más encarnizado de la pelea por medio de los grupos de las brigadas que se retiraban. La voz del jóven general, el entusiasmo de la victoria que manifiestan las fisonomías de los pocos que le acompañan, la vergüenza que experimentan los soldados intimidados al ver una jóven de diez y seis años, llevando la brida con los dientes y una pistola en la mano, recriminarles por haber huido ante los peligros que ella arrostra; la pólvora y la sangre que cubren el rostro del duque de Montpensier, las súplicas de los oficiales que corren con espada en mano detras de sus compañías desafiando á sus soldados y diciéndolos que sólo sobre su cuerpo podrán pasar, suspenden la derrota y fijan en torno del estado mayor del jóven príncipe un núcleo de voluntarios de todos los batallones. Los arregla apresuradamente, los anima y los lleva consigo. «Os llamareis—les dice— el batallon de Jemmapes, y mañana el batallon de la victoria, porque vosotros la llevais en vuestras filas.»

Formando pabellon, hace colocar en medio de este cuerpo las cinco banderas de los cinco batallones cuyos despojos reúne esta columna, la lleva consigo en medio de los gritos de *Viva la república!*, y la sostiene, al atravesar de nuevo la llanura, con una carga de caballería del centro contra los escuadrones austriacos. El batallon de Jemmapes, aumentado en su tránsito por los destacamentos de las brigadas dispersas, se acerca con la impetuosidad de la venganza á los atrinchera- mientos, que escala sobre los cuerpos de los heridos y moribundos. Hasta la caba- llería, superando las dificultades del terreno, se precipita sobre los reductos, mu- riendo todos los artilleros austriacos al pié de sus piezas. En la proximidad de las baterías está el terreno resbaladizo con la sangre de los hombres y de los caballos, y marcan los escalones de cadáveres los diferentes órdenes de reductos. Los hún- garos, cruzando las bayonetas con los voluntarios, oponen una muralla de hierro detras de cada muralla de fuego; los hombres formados que suben, apénas bastan para reemplazar en las filas los derribados por las descargas de los reductos. El duque de Chartres y su columna ya no avanzan un paso, van de nuevo á verse obligados á retroceder á la llanura, cuando el general Ferrand, saliendo al fin de Jemmapes, que habia tomado, se adelanta á la cabeza de seis mil hombres y de ocho piezas de artillería, y estrecha á los austriacos entre dos fuegos.

A las primeras descargas sobre sus batallones flanqueados, los generales aus-

triacos hacen replegar lentamente sus tropas, abandonando al duque de Chartres y á Ferrand las alturas y los reductos de Jemmapes. A este movimiento de los enemigos, el duque de Chartres y el general Ferrand, reunidos, envían su infan- tería ligera y su caballería sobre la retaguardia de los austriacos. Comprometida esta ala del ejército enemigo, no tiene tiempo de reunirse al cuerpo principal; se precipita al pié de la colina detras de Jemmapes, bajo el fuego, el sable y la bayo- neta de los franceses. Parte de la infantería consigue evadirse abandonando sus armas y dejando los prisioneros y los muertos. La caballería austriaca, lanzada al galope en los barrancos que hay al pié de la colina, se precipita al rio Haine, encajonado, profundo y rápido en medio de aquellos pantanos. Cuatrocientos ó quinientos hombres y más de ochocientos caballos quedaron allí hundidos, hacien- do esfuerzos por atravesarlo. Las orillas escarpadas y fangosas de aquel impetuoso torrente rechazan los piés de los caballos y las manos de los hombres, que se apoyan en ellas para dominarlas. El rio, crecido con las lluvias de otoño, arrastra cadáveres de hombres y caballos, dejándolos una legua más abajo en el fango y entre los juncos de aquel lodazal. Ferrand envió al momento al general Thouve- not á informar á Dumouriez de las ventajas de su ala izquierda; el duque de Char- tres le envió á su hermano el duque de Montpensier, para decir al general en jefe que el combate estaba restablecido y apagados los fuegos de los reductos en el centro.

XVII

Durante estos diversos movimientos de su línea de batalla y las vicisitudes de tantos combates distintos, Dumouriez, lleno de confianza en su principal cuerpo de batalla, que veía lanzado é inmediato á la primera fila de los reductos del cen- tro, corrió de nuevo hácia donde estaba Beurnonville.

De los cinco reductos que flanqueaban las alturas de Cuesmes, sólo habian sido tomados dos á su vista aquella mañana por el denuedo de Dampierre. Pero el duque de Sajonia-Teschen habia reunido sus mejores batallones húngaros y sus escuadro- nes de caballería de línea en la cumbre y á la espalda de la meseta, que dominaba los otros tres reductos. Esta posición, que cubría á la vez la cabeza de su línea y la comunicacion con la ciudad de Mons, era la llave de la victoria ó de la derrota. Latour, Beaulieu, sus mejores generales y más valientes soldados la defendían, estando allí el nervio de su ejército. Dumouriez lo habia comprendido, y volvía con inquietud. En el momento en que llegaba de nuevo, algunos ayudantes de órdenes, consternados por la indecision y decadencia de su cuerpo de batalla, le llevaban la triste noticia de la derrota de sus tres brigadas en el bosque de Flenu. El mismo Dumouriez, colocando su caballo sobre un teso, y contemplando un mo- mento la inflexion de su línea y los cascos de la numerosa caballería de Clairfayt que brillaban al sol en la llanura, experimentó una de aquellas dudas mortales que colocan al guerrero entre una prudencia humillante y una temeraria obstinacion. Conoció la necesidad de replegar sus dos alas medio victoriosas para unir las á un centro que ya no las sostenía, y bajó del teso al paso, con la cabeza inclinada, pen- sativo y resuelto á mandar la retirada.

Se leía en su rostro lo que costaba á su alma esta resolucion. La revolucion y él tenían igual necesidad de una victoria. Era el primer fuego que nuestros bata-

llos veían desde la triste guerra de los Siete años, porque Valmy sólo había sido un cañoneo heroico; era la primera ocasión de reconquistar á su patria esa fama de superioridad militar, que vale mucho más que un ejército en la fuerza de las naciones, y la primera batalla en línea que daba él mismo. Hasta entonces sólo había sido un táctico prudente, pero no un general victorioso. Los Jacobinos y la Convencion tenían en aquel momento suspensa sobre su cabeza la corona del triunfador ó el hacha de la guillotina: la fama que adquiriese ó perdiese aquel día era la que iba á hacer caer una ú otra sobre su nombre. No se le pediría cuenta de algunos miles de vidas preservadas ó perdidas por su prudencia ó por su temeridad, pero sí de la reputación del ejército francés y del entusiasmo de la revolución, que iba á dejar escapar con la victoria.

Conoció Dumouriez que le convenía morir antes que su gloria, porque no sobreviviría á las consecuencias de una derrota ó de una retirada ante generales celosos, los Jacobinos sospechosos y la Convencion humillada. Mete espuelas al caballo y se lanza sobre la meseta de Cuesmes, donde todo estaba inmóvil frente la formidable línea de infantería y de caballería imperial que coronaba con sus batallones y sus escuadrones, como ya hemos visto, la cumbre de los reductos. Ningun general mandaba allí en aquel momento. Dampierre, herido, fué á descansar un poco y á curar su herida. Beurnonville, comandante en jefe en el extremo derecho, tenía junto á sí las brigadas prontas á ir al socorro de los batallones cargados por los austriacos. Era una de aquellas horas en que la incertidumbre mutua de los dos campamentos hace dudar y como respirar á las batallas.

Las primeras tropas que encontró Dumouriez eran dos brigadas de infantería compuestas de tres batallones de aquellos jóvenes hijos de París, que aún parecía jugaban con la muerte, y de cuatro mil soldados veteranos de su antiguo campamento de Maulde, muy acostumbrados á su genio, y que estaban fanáticamente unidos á él como los hijos de su fortuna. La casualidad se los presentó á tiempo en la crisis de su fama y de su vida.

Apénas ven á su general, aquellos soldados intimidados se levantan, hacen sonar las culatas de sus fusiles en tierra, agitan sus sombreros en el aire, y gritan: ¡Viva Dumouriez! ¡Viva nuestro padre! Su entusiasmo se comunica á los batallones de los hijos de París. El general, conmovido, pasa, llamando á los soldados por su nombre, al frente de las dos brigadas, y jura que los conduce á la victoria, y ellos prometen seguirle. Diez escuadrones de caballería francesa, húsares, dragones y cazadores, separados de tiempo en tiempo por las balas de cañón de los reductos, estaban formados en batalla á algunos pasos en un ángulo que formaba el terreno. Dumouriez corre á ponerse á la cabeza de aquellos agitados escuadrones; envía á su ayudante de campo de confianza, Felipe de Vaux, para que apresure la carga de Beurnonville, anunciándole que el general en jefe se está batiendo. Reconocen los austriacos á Dumouriez por el movimiento que notan en torno suyo, en el entusiasmo y en los gritos de los franceses, y envían desde el alto al galope toda una división de dragones imperiales para disolver y acabar con aquel centro. Los soldados del campamento de Maulde, inmóviles como tropas en revista, colocan en medio de ellos los batallones de París; esperan á diez pasos la carga de aquella masa de dragones, apuntan al pecho y á la cabeza de los caba-

llos, derriban á más de doscientos, que ruedan y espiran con sus jinetes al pié de los batallones. Protegidas por esta muralla de cadáveres, las dos brigadas hacen fuego á los escuadrones á medida que éstos se dirigen al galope al abrigo del suyo. Dumouriez, á la cabeza de diez escuadrones franceses, envía los húsares de Bercheny, que acuchillan los ya diezmados dragones. Esta masa de caballería austriaca huye al fin en desorden hácia el camino de Mons, y conmueve con el espectáculo de su derrota la columna de infantería húngara. Beurnonville llega con su reserva al paso de ataque; reemplaza á los austriacos sobre la meseta, que acaban de abandonar, y Dumouriez, tranquilo por aquella parte, se apea en medio de sus soldados, que le reciben con aclamaciones entre sus brazos. Forma una



La guardia nacional marcha á la frontera.—Pág. 350.

columna de aquellas dos brigadas, une á ellas el regimiento de cazadores á caballo mandado por uno de los hermanos Frescheville, los húsares de Chamborand que manda el otro hermano, ambos intrépidos en las cargas de lanza; reúne el regimiento de húsares de Bercheny, formado en nuestras antiguas guerras de aventureros húngaros, cuyo solo nombre inspiraba el terror y ocasionaba la fuga en todas las guerras de la revolución, al mando del coronel Nordmann, y entona el himno de los marseleses, repetido por todo su estado mayor, reforzado por las mil y quinientas voces de los hijos de París.

La columna, al oír este cántico, que sobrepuja al ruido del cañón é inspira el delirio á los soldados y aún á los caballos, se pone en movimiento y se precipita á la bayoneta sobre los reductos. Los artilleros húngaros sólo tienen tiempo para descargar sus piezas á metralla sobre la cabeza de las columnas. Los voluntarios y los soldados, para escalar los reductos, pasan por encima de los miembros de sus camaradas mutilados, y clavan con sus bayonetas los cuerpos de los húngaros á sus cureñas. En medio del espeso humo de pólvora que rodea aquel estrecho

campo de carnicería, apenas se pueden distinguir los franceses del enemigo, no reconociéndose muchas veces los combatientes sino hasta después de haber sido heridos. Aquel humo cubre prodigios de heroísmo por ambas partes. Se batían cuerpo á cuerpo, en medio de un siniestro silencio, tan sólo interrumpido por el choque del hierro contra el hierro, por los sordos golpes de los cadáveres que caían y rodaban desde lo alto de los parapetos, y por el inmenso grito de victoria que se elevaba en cada línea de reductos conquistados, cuando los franceses los coronaban con la bandera del batallón. Allí no hubo ni fuga, ni prisioneros; todos los húngaros murieron junto á sus piezas apagadas, y teniendo aún en la mano los pedazos de sus bayonetas y de sus fusiles.

Impelido por el entusiasmo de la carga, Beurnonville galopaba sobre el flanco derecho de los reductos con la masa de su caballería de línea, persiguiendo á la caballería austriaca. Más soldado que general, se adelantaba de sus escuadrones, y forzaba de tiempo en tiempo los últimos pelotones enemigos á volverse para combatir. Rodeado una vez por un escuadrón de coraceros, todos sus ayudantes de campo caen, y él mismo, derribado de su caballo, de que hace un parapeto, se defiende con trabajo del círculo de sables que se dirigen á su pecho. El teniente de gendarmes de caballería Labreteche, seguido de un pelotón de los suyos, antiguos soldados, rompe al galope el escuadrón austriaco, derriba con el pecho de su caballo á los coraceros más próximos á Beurnonville, y le cubre con su cuerpo, herido al momento por cuarenta hojas de sable. Da tiempo á que llegue el escuadrón francés, y salva á su general, ofreciéndose á la muerte por él. Habiéndole conducido inanimado en brazos de sus soldados, Labreteche vivió y combatió todavía.

En el momento en que la columna, acometiendo uno de los reductos, desfilara delante de Dampierre gritando *¡Viva la república!* y como inflamada por un entusiasmo que hacía elástico el suelo bajo los pies de los soldados, el general percibió en medio de los voluntarios un anciano con los cabellos blancos, que lloraba dándose golpes en el pecho. «¿Qué tienes, amigo mío?—le dijo Dampierre.—¿Debe entristecerse un soldado en el momento que se le conduce á la victoria?» «¡Oh hijo mío! ¡oh hijo mío!—se respondió á sí mismo el anciano combatiente.—¡Por qué el pensamiento de la vergüenza acibara para mí un momento tan glorioso!...» Y contó al general que su hijo, enganchado en el primer batallón de París, había desertado de su bandera, y que él había ido al momento á reemplazarle, para dar su vida en cambio del brazo de que la cobardía de su hijo había privado á la nación. Este rasgo, propio de un romano, fué mencionado en las proclamas de Dumouriez á su ejército. Los soldados jóvenes querían ver á aquel veterano que rescataba con su sangre la falta de su hijo, y todos pensaban en su padre al verle.

XVIII

Apénas triunfaba Dumouriez á su derecha, cuando, sin dar tiempo á que la victoria se consolidase en aquel punto, corrió á llevarla al centro, que siempre creía roto y desbandado. Acababa de destacar seis escuadrones de cazadores á las órdenes de Frescheville, y marchaba él mismo á todo escape á la cabeza de aquella caballería, para caer sobre la austriaca del bosque de Flenu, cuando vió llegar á

galope al duque de Montpensier. Este joven príncipe venía á anunciarle la victoria del duque de Chartres. De allí á poco, Thouvenot le participó el triunfo de su ala izquierda en Jemmapes. Dumouriez estrecha en sus brazos á aquellos dos mensajeros de su fortuna. Un grito de victoria que sale del corazón del general y del pequeño grupo de sus oficiales de confianza y de sus amigos, se va aumentando repetido por los escuadrones de Frescheville y corre desde Cuesmes á Jemmapes, de boca en boca, sobre toda la línea de las alturas ocupadas ya por los franceses. Las baterías callan; sólo se oían, cada vez más lejos, los cañonazos de retirada del ejército de Clairfayt y del duque de Sajonia-Teschen, debilitándose á medida que se alejaban. Esta fué la hora más bella de Dumouriez, y también la primera de las grandes glorias militares de Francia: la victoria y el patriotismo acababan de hacer alianza en los llanos de Jemmapes.

XIX

Dumouriez, que quería y podía sacar todo el resultado de esta jornada corriendo al ejército austriaco el camino de Mons y arrojándole á los pantanos del Haine, donde hubiera ahogado y hecho prisioneros sus restos, enviaba ayudantes de campo unos tras otros al general D'Harville. Hemos visto que este general mandaba el ejército de Valenciennes. Había sido colocado por Dumouriez como cuerpo auxiliar y destacado, más bien que en la línea de batalla, en las alturas de Cibly, cerca de los arrabales de Mons. Dumouriez, vencedor, le hacía apresurarse á atravesar con toda precipitación el valle que separa á Cibly del monte Palisel, escalar los tres reductos que cubren aquella altura, y de este modo cerrar el camino de Mons á los austriacos.

La lentitud del general D'Harville, la calma de Clairfayt, la intrepidez de los húngaros, de los tiroleses y de la caballería austriaca, engañaron las esperanzas de Dumouriez. El duque de Sajonia-Teschen y Clairfayt se retiraron lentamente, y amenazando aún, entraron en Mons sin ser perseguidos, y cerraron luego las puertas. La fama de una victoria y un campo de batalla fueron las únicas conquistas de Dumouriez. La fatiga, la falta de municiones, de sangre y de fuerza de un ejército que combatía ó vivaqueaba ya hacía cuatro días, y en fin, la necesidad de alimento, le obligaron á dar dos horas de descanso á las tropas, y se les dió una ración de pan y de aguardiente sobre el campo de batalla. Este alto sobre reductos tomados, sobre mesetas escaladas, sobre villas incendiadas, en medio de moribundos y de muertos, durante el que los cánticos del *Ca ira* y de la *Marsellesa* respondían á los ayes de los heridos, ofrecía á la vista de Dumouriez, que todo lo recorría llevando su caballo al paso, el cuadro de sus pérdidas y de su victoria. Este general era bastante filósofo para deplorar, bastante militar para arrostrar aquel espectáculo, y bastante ambicioso para gozar de él. No había perdido ninguno de sus confidentes ni de sus amigos. Thouvenot, el duque de Chartres, el de Montpensier, Beurnonville, Ferrand, el fiel y valiente Bautista, las dos jóvenes y bellas heroínas Felicidad y Teófila Fernig, le acompañaban á caballo, llorando por los muertos, levantando y consolando á los heridos. Se oía una triple aclamación al acercarse Dumouriez, en el centro de las brigadas, de los regimientos y de los batallones. Ningun herido le reprochaba su sangre; todos los que habían sobrevi-